

mayor no ha verificado su curso con la regularidad que siempre.

—Señor, conciliad el sueño y desechad tan fatales vaticinios, respondió la reina de Persia á su esposo el rey Artabanes, célebre astrólogo, á quien en aquel momento agitaban terribles presentimientos....

—En vano tu voz, en otro tiempo poderosa para mí, se esfuerza en consolarme. Parece que tras el vivo resplandor del alegre y hermoso día, tras los vivos matices con que colora este rey de la creación al mundo, las pálidas tinieblas de la noche pavorosas envuelven á la tierra, cual la negra y lúgubre mortaja, de un frío y yerto cadáver. Parece, en fin, que la melancólica noche ha extendido por toda la tierra su manto. Pero ¡oh! prodigio incomprensible: de pronto por el oriente sopla un ligero viento abrasador, la tierra parece estremecerse, la creación, en fin, se conmueve, y rompiendo la oscuridad aparecen por el horizonte los primeros rayos de un astro de desmedida magnitud y brillantez. Al punto vuelve la alegría y animación. Sopla ligero y manso el céfiro, las radiantes flores entreabren sus hermosos y perfumados cálices, y todo, en fin, anuncia un nuevo día radiante y hermoso.

—Y bien, Artabanes, todo es una ilusión de tu acalorada fantasía.

—Pluguiera á Dios que así fuese; pero tú no comprendes estas marcadas señas astrológicas: en vano, pues, quieres oscurecer mi triste porvenir. ¿No comprendes lo que significa la ocultación del astro radiante del día, destronado por otro? ¿No comprendes lo que es eclipsarse el astro de nuestra fortuna; ante otro mas feliz, mas radiante? ¡Ah! ¿para que necesito otras señales que las que abrigo en mi corazón? El cetro se me escapa de las manos. Veo alzarse sobre mi cabeza una desecha tormenta. El viento que sopla por oriente, con su fatal aliento ha de destruir mi poderosa grandeza.

—Otras veces, Señor, el amor de vuestra esposa y su voz cariñosa, aunque débil, solía disipar en vos tan fatales impresiones: vuestros cálculos astrológicos han de seros, por último, perjudiciales. Esta noche casi toda la habeis pasado en el observatorio. Conciliad el dulce sueño, él con su bienhechor influjo disipará las sombrías tinieblas que oscurecen vuestro corazón. Pensad que nuestro reino, se halla en la mas profunda tranquilidad, que los malcontentos se hallan reprimidos, que nada, en fin, dá motivo á confirmar las sospechas que os infunden esos malhadados signos que tanto os atormentan. Yo en lugar de vos daría crédito á los consejos de una esposa que os ama, y que en la adversidad como en la fortuna, os seguiria constante.

—Tus palabras me alientan, esposa mia: cual un bálsamo consolador se deslizan sobre mi corazón: y casi no temo ya al tiempo ni á la fortuna. Las manifestaciones de tu amor calman mis mas funestos presentimientos....

Así conversaba el rey de Persia con su esposa en una de esas noches melancólicas en que vanamente invocamos el alivio del sueño: este aunque tardó al fin los consoló, y todo quedó en la cámara real en el mas completo silencio. No empero, dormian cuantos se hallaban en las habitaciones inmediatas.

## II.

—Artasirias, señor, decia el ministro persa á su rey, en cuyo rostro se pintaba la honda huella del dolor y padecimiento. Artasirias....

A este nombre se aumentó la palidez del monarca.

—¡Y bien! acabad de una vez, destrozad de pronto mi corazón. No os complazcais en ir poco á poco hundiendo el puñal en mi pecho, hundirlo de una vez.... Bien, Artasirias conspira.... quiere apoderarse de mi trono, lo conseguirá....

—¿Quién os ha informado, señor?

—¿Quién? ¿Quién me dices me ha informado? ¿acaso necesitamos otro testigo mas vigilante que nuestro corazón? ¿Quién me lo ha dicho? Mi fortuna que se eclipsa, mi poder que se desmorona, mis predicciones que no mienten. Acabad de una vez.

—Señor, todo no está perdido, no creais tan fatales predicciones. Sabéis que Artasirias ha sido siempre inquieto y ambicioso, sabéis que de algun tiempo á esta parte preparaba una conspiración, que no me ha sido posible descubrir. La rebelion ha estallado hace poco, muchos malcontentos le aguardaban á algunas leguas de distancia de la capital, y me avisan, que la noche pasada se ha presentado á la cabeza de ellos. No hay que perder el tiempo en vanas quejas, necesitamos reunir el ejército y prontos como el relámpago caer sobre esa cuadrilla de foragidos, y quedará al momento destruida.

—Tienes todas mis facultades. Obra como mejor convenga á tranquilidad de mi reino, y cuando todo esté dispuesto, mi campo mis caballos de guerra y una lanza necesito, que aun me valen para lidiar y morir.

—Si no desecharis, señor, esos funestos presentimientos, eclipsará, señor, vuestra estrella, porque vos mismo la eclipsareis.

—Bien, marchad á disponerlo todo, que el tiempo urge.

—Decis bien, señor, me retiro.

## III.

—Señor, decia el ministro, que habia trocado la corte por campo de batalla; ya veis como vuestras predicciones han sido fallidas. Nuestros ejércitos victoriosos por tercera vez, desmienten los engañosos presagios de vuestra astrología...

—No digais eso... respetad sus tremendos fallos: la suerte de las batallas y de los tronos, todo se halla subordinado á su buen mal influjo.

—Insistis todavía, señor.

—No. Yo no me confio en la victoria. Como todos los acontecimientos de este mundo, es falaz.

—No estariais de otro modo, señor, si la fortuna os hubiese sido adversa....

—Señor, un emisario del rebelde Artasirias quiere hablaros, dijo entrando en la tienda real un oficial de la corte.

—Introducidle y dejadnos solo con ese enviado de los rebeldes.

—Adelantóse el parlamentario sedicioso, y con voz grave y pausada, dijo:

—Señor, Artasirias mi jefe, no os hace tan poco favor que crea embriagado por la victoria; está persuadido de que ya breis que esta es inconstante, y que bien pronto el viento de desgracia pesará sobre vos. Me encarga os diga, que antes de que deis sumergido en su inmenso torbellino, abandoneis el trono que él cuidará de proporcionaros un asilo y una pensión decente para que os alimenteis. Me ha dicho os recuerde aquella fatal noche en que inútilmente invocábais el sueño: y en vano vuestra esposa derramaba bálsamo consolador con su ternura en vuestras heridas. Vos entonces escuchabais la voz de la razón que anunciaba la caída de vuestro trono: ahora el estrépito de las armas y los cánticos de la inconstante victoria, han ahogado vuestros presentimientos, pero temed despertar de este embriagado sueño, porque ha de ser horrible...

—Decid al traidor Artasirias, que á la infame que violando la fé conyugal, ha revelado los secretos del lecho conyugal, que publicado los padecimientos mas ocultos de mi corazón, le cortaré la lengua, como á él la cabeza, si la suerte de la batalla me presenta á mi vista....

Marchóse el embajador confundido, y aunque el rey habia hecho un esfuerzo para dar una contestación tan enérgica, el dolor habia penetrado su corazón. Era para él indudable, que la reina habia violado la fé conyugal, y ella misma le arrancaba la cabeza.

(Continuará)

Francisco Ledesma.

## ANUNCIO.

### SOCIEDAD LITERARIA DE MADRID.

#### ABBUM DE MOMO.

Colección de lo mas selecto que publicó en la *Risa*, ó sean colecciones jocosas en prosa y verso de los principales literatos de España. Se publica por cuadernos en 4.º mayor, que cada uno tiene seis entregas con grabados, al módico precio de 3 rs. francos el porte, de modo, que cada entrega que en la edición de la *Risa* costaba 2 rs., resulta ahora á medio real. Constará de un solo tomo que quedará publicado en noviembre, y entonces se aumentará el precio considerablemente.

Se ha repartido ya el 5.º cuaderno, y á pesar de lo prevenido en el prospecto, sigue abierta la suscripción á los precios arriba indicados, en correos y principales librerías, ó directamente restando el importe.

Almería: Imp. de D. VICENTE DUMONVICH, calle de las Tiendas núm. 69